

La novela que me gustaría dirigir

Inés París

«ESTE LIBRO TIENE BUEN GUIÓN» ES FRASE QUE UN CINEASTA NO SIEMPRE PUEDE PROFERIR. ESTA SECCIÓN HACE HABLAR A DIRECTORES DE CINE SOBRE LA NOVELA QUE LES GUSTARÍA TENER COMO GUIÓN.

Todos los directores de cine que conozco compartimos una misma fantasía: que nos llegue un guión maravilloso listo para empezar a pensar en el reparto, el estilo de la película y la música. Listo para rodar. Nos ocurre porque casi todos los directores en este país somos autores de nuestros guiones y sabemos que no hay nada tan difícil, delicado y arduo como la escritura. Algunos han tenido la suerte de adaptar una novela o un relato. A mí no me ha sucedido aunque detrás de cada historia que he inventado y escrito está el poso de la lectura, afición y pasión que me acompaña desde la infancia. Detrás de *Sé quién eres* (película dirigida por Patricia Ferreira) estaba la lectura de Oliver Sacks y sus relatos sobre enfermedades de la mente; en *A mi madre le gustan las mujeres*, la protagonista (Elvira, interpretada por Leonor Watling) tiene vocación de escritora y admira a Emily Dickinson, uno de cuyos poemas recita a la novia de su madre; mi última película *Miguel y William*, sobre un ficticio encuentro entre Cervantes y Shakespeare, está, evidentemente, plagada de referencias y citas de la obra de estos dos autores.

No ha sido un productor sino un escritor (y director de esta revista), Benjamín Prado, quien me ha hecho la tan deseada pregunta: ¿Qué novela o relato te gustaría dirigir?

Es lógico, ya que los escritores suelen tener más imaginación (incluso para formular preguntas) que nuestros productores. Además, no están obligados a pensar en términos presupuestarios,

que son el principal obstáculo para que en nuestra frágil industria cinematográfica se pueda formular una tan sugerente y lógica pregunta a un director.

Liberada, por tanto, de tener que responder en unos términos realistas que tengan en cuenta el coste de la película, el interés de la historia para el público de menos de treinta años (los que llenan los cines), la posibilidad de que haya un personaje apropiado a una de nuestras estrellas (mejor también si es menor de treinta y popular porque sale en la tele) y de la necesidad de que tenga un género claro (el marketing dice que hay que hacer comedias, *thrillers* o cine social) me queda sólo lo más difícil, elegir entre una inmensidad de posibilidades a cual más apetecible.

He descartado algunos de los libros que más me gustan o me han marcado porque escribo estas líneas desde una casa perdida en el campo y sin mi biblioteca a mano, así que no puedo consultarlos. En el saco de los descartados ha quedado *Rayuela* de Cortázar o *Bomarzo* de Mugica Láinez con los que quedo en deuda y mientras me decido por un relato breve de García Márquez:

EL VERANO FELIZ DE LA SEÑORA FORBES

Esta historia pertenece a la colección *Doce cuentos peregrinos* que García Márquez escribió tras *El otoño del patriarca*. Es un relato curioso, peculiar, donde un García Márquez al que se nota muy cercano al mundo infantil (de hecho escribió las primeras notas en los cuadernos escolares de sus hijos), describe un mundo diferente al que suele retratar (el escenario no es América sino Sicilia, el Mediterráneo). Tiene el cuento un humor soterrado que incluye la autoironía: los niños protagonistas son hijos «de un escritor del Caribe con más ínfulas que talento», que deja a sus hijos en manos de una institutriz mientras él y su mujer participan «con cuarenta escritores de moda en un crucero cultural de cinco semanas por las islas del mar Egeo».

Es un cuento de verano que transcurre en la isla de Pantelaria, en el extremo meridional de Sicilia, en una casa pintada de cal viva hasta los «sardineles» «desde cuyas ventanas, en las noches sin viento, se veían las aspas luminosas de los faros de África».

El escenario es sin duda magnífico. Siempre he deseado hacer una película que transcurra al aire libre y mejor si es cerca del mar. Tal deseo es claramente contradictorio con lo que ha sido hasta ahora mi experiencia cinematográfica. Mi formación teatral me impulsa a escribir guiones que suceden en espacios cerrados, casi en escenarios, pero ahora, al partir de un relato de otro, observo con satisfacción cuánto ayuda a superar las limitaciones personales partir de un universo ajeno. García Márquez habla continuamente del paisaje, muchas situaciones suceden en la playa, en el agua, buceando, explorando la isla de noche y de día. Hasta el espacio cerrado de la casa, donde también tienen lugar algunas de las secuencias decisivas, es un ambiente comunicado con el exterior, directamente conectado con el entorno. Es agosto y «a través de la ventana se veía la ardiente llanura lunar hasta el otro lado de la isla, y el sol parado en el cielo». Estamos pues ante una película que sería rodada principalmente en exteriores y con luz natural. Esto, que de entrada parece más fácil y agradable que encerrarse en un plató, en realidad complica enormemente un rodaje. Hay que elegir cuidadosamente las horas del día a las que se filma, se depende peligrosamente de las condiciones atmosféricas, la continuidad es mucho más difícil porque la luz cambia... pero es también un desafío fantástico para un director de fotografía. Hay muchas secuencias nocturnas así que ya imagino a Néstor Calvo, con el que me entusiasma trabajar, convenciéndome para que los personajes lleven siempre una luz en las manos: candiles, linternas, antorchas...

Un director necesita «hacer suyo el material creativo» del que parte para construir una película. Yo siento que en este relato de García Márquez hay varios elementos en los que me reconozco. Primero, el escenario en el que transcurre, que me traslada a los largos veranos de mi infancia. Mis padres, profesores los dos, disfrutaban de un par de meses sin clases durante los cuales nos trasladábamos a Jávea (no es Sicilia, pero en los años setenta tenía mucho de pueblecito mediterráneo aún no destruido por la especulación inmobiliaria). Era para nosotros, los niños, la época del desorden y la libertad. Los horarios estrictos desaparecían, se nos permitía acostarnos mucho más tarde, estábamos en contacto con la naturaleza que, como niños urbanos nos era negada el resto del

año, vivíamos en pandilla, pasando largas horas sin que ningún adulto interrumpiese nuestros juegos. El verano feliz de García Márquez, como los míos, ocurre en los años setenta. Sus protagonistas son dos niños de nueve y siete años. Una edad que era también la mía en esa época y una infancia muy diferente a la que hoy disfrutan (o padecen) nuestros hijos. No había teléfonos móviles (normalmente ni siquiera había un teléfono fijo en las casas de vacaciones), ni ordenadores ni *play stations*. La única pantalla era la de la tele y sobre esta mandaban los adultos, cosa que hoy tampoco sucede.

Llegados a este punto, en el que he explicado con emoción mis «razones personales» para desear hacer esta película, imagino la mirada cargada de ironía que me dirigiría un productor. Que un director desee contar una historia es lo de menos, lo importante es la historia en sí, lo necesario es que sean muchos los espectadores que pueden desear ver la película e identificarse con sus protagonistas. Ese es el momento en el que los guionistas y directores hacemos para los productores lo que los americanos llaman un *pitching*, es decir un resumen de la historia, muy breve, y lo más atractiva posible, para que el oyente se interese y le «vendamos» la historia. Aquí va mi *pitching* que, creo, en nada traiciona, el relato de García Márquez.

Esta es la historia de dos niños, dos hermanos de nueve y siete años que disfrutaban de un verano feliz en una isla siciliana, en compañía de sus padres cuando, repentinamente, los padres deben abandonar la isla ya que han sido invitados a un congreso de escritores. Los niños quedan bajo la autoridad de una institutriz contratada por sus padres. Ella es un personaje extraño e inquietante que sufre, como los niños irán descubriendo, una especie de desdoblamiento de personalidad. Por el día parece un sargento de caballería que somete a los niños a un orden estricto y les prohíbe casi todo aquello que les es placentero pero por la noche se transforma en una mujer desconocida que se mete en la cocina a beber botella tras botella de vino mientras cocina increíbles postres. La mujer nocturna, además de trasnochar, recita poemas en voz alta y en ocasiones hasta canta. Es un comportamiento que, a ojos de los niños, resulta del todo incompresible y profundamente inquietante.

La relación de los niños con la institutriz es pésima. Ellos sienten que han sido abandonados por sus padres en manos de una mujer tan extraña como cruel. Los dos hermanos se enfrentan a la autoridad de su guardiana que castiga una y otra vez con severidad sus rebeliones hasta que un día... las tiernas criaturas deciden matar a la institutriz: la van a envenenar con el contenido en un ánfora que encontraron explorando la isla con su padre. Noche tras noche mezclan el veneno con el vino que consume la institutriz.

Durante unos días nada cambia, la institutriz no parece enfermar, ni cambia su actitud, pero un día la mujer recibe una carta que le afecta intensamente. Ese mismo día, ante un nuevo plante de los niños, que no quieren comer la sopa, parece rendirse y exclama «Hagan lo que quieran. Yo no existo». Esa noche las criaturas la escuchan comportarse de manera extraña: habla sola, declama a Schiller, y termina soltando un grito terrible que culmina en un silbido triste y continuo «como una barca a la deriva»

Por la mañana no acude a levantar a los niños que se despiertan porque «el sol se metía a cuchilladas por la paredes». Ellos suspiran liberados, convencidos de que el veneno ha funcionado y, por fin, la han matado.

Los niños escapan a la playa y pasan el día nadando y buceando: visitan unos torpedos de guerra que han quedado acostados en el fondo volcánico del mar, giran alrededor del cabo buscando la ciudad sumergida de la que los lugareños les han hablado, disfrutan de una tormenta de verano durante la cual el mar se revuelve y «una muchedumbre de pájaros carniceros revolotea con chillidos feroces sobre el reguero de pescados moribundos de la playa» La vida vuelve a ser buena sin la señora Forbes.

Al regresar a la casa se llevan la sorpresa de encontrar dos automóviles de la policía, un ambulancia y la casa llena de gente del pueblo: las vecinas rezando, los hombres charlando en el patio. Por primera vez son conscientes de lo que han hecho. El pequeño se asusta y tiene el impulso de huir, pero el mayor le hace entrar, está convencido de que no sospecharán de ellos.

Sin que nadie se fije en ellos, dejan las aletas y los tanques de buceo antes de deslizarse hacia su habitación. Pero, al hacerlo, pasan por la puerta entreabierta de la habitación de la señora For-